Libros Tauro
www.LibrosTauro.com.ar

¿BORGES, FILÓSOFO?

Fernando Báez

A

Conviene decir lo siguiente: en el inicio de todas las literaturas del mundo, y seguramente en el final, estuvo (o estará) el pensamiento. En el origen del pensamiento, y en su fin, estuvo (y estará) la literatura. En parte, porque toda creación nace de un anhelo secreto que busca introducir arquetipos esenciales; en parte, porque todo pensamiento define su expresión como una necesidad de creación y de unidad preestablecida. Baudelaire, al hablar de la poesía, dijo que únicamente este género otorga a las cosas "l"ecletance verité de leur harmonie native" (la verdad deslumbrante de su armonía nativa). Martin Heidegger (Carta sobre el Humanismo) escribió que "el lenguaje es la casa del ser. En su vivienda mora el hombre. Los pensadores y los poetas son los vigilantes de esta vivienda". Gaston Bachelard, el intuitivo Bachelard, dijo que la poesía "es una metafísica instantánea". Ciertamente, la poesía, género que fue de principio y tal vez lo será de cierre, fue principalmente poesía cosmogónica, teológica y necesariamente filosófica desde su primer momento. La filosofía fue, asimismo, cosmogónica, teológica y necesariamente poética. El poeta era un ser sagrado, alguien capaz de recuperar la virtud mágica del lenguaje, alguien capaz de consolidar una memoria que identificaba proyectos vitales; el filósofo era una suerte de guía infalible, un hombre con el poder de discernir la compleja e intacta condición del vértigo de las cosas en una época en que todo era un dios o un sueño de los dioses.

Entre los griegos, por ejemplo, vemos que el primer gran momento de diálogo entre lo poético y lo filosófico tuvo su origen en el concepto maravilloso que tenía este pueblo de la verdad. La hermosa palabra griega para verdad, "alétheia", traducida por cualquier diccionario como "descubrimiento", procedía del adjetivo "alethés", y éste, a la vez, derivaba de "léthos" o "láthos", cuyo significado era "olvido". De ahí que la partícula privativa "a" al principio de la palabra nos diga que "alétheia" era "algo sin olvido", "algo develado". El poeta podía, por tanto, y con el mismo rigor del filósofo, indagar la verdad de las cosas porque lo que hacía era recordar algo que no tardaba en transformarse en memoria colectiva, si la verdad postulada era, más que verificable, sustantiva. Lo que diferenció finalmente al poeta del filósofo fue que el primero no necesitó argumentar con

abstracciones sino que creó obras cuya verdad podía tomarse como una suerte de coartada palindrómica fulminante.

Hay una broma de Séneca (Ep. LXXXVI,5), extraña en él, que era propenso al suicidio y a la veneración de lo insípido, en la que nos dice que todas las escuelas filosóficas de la antigüedad habían descubierto, tras largos e impostergables razonamientos, que Homero era un seguidor de sus doctrinas. Sin embargo, no es justo definir a Homero como un poeta filósofo. No hubo en él ninguna motivación por persuadir sino por hechizar, como lo dice en la Odisea (XVII, 518). Quería conmover, distraer y defender un pasado, no promover un cambio de opinión sobre lo que es la realidad. Hesíodo, en el siglo VIII a.C., para abolir el culto de Homero, dijo que él sí proclamaba la verdad, pero su poesía no superó ciertos rezagos religiosos y preceptivos. En Los Trabajos y los días uno siente, más que el pensamiento, la justificación de la devoción al trabajo, cuestión que en un poeta resulta bastante lamentable.

De esa idea de que la literatura puede presentar verdades, nació un movimiento, el de los presocráticos, que en tres casos muy especiales modificó para siempre la imagen del poeta. Empédocles de Agrigento, Jenófanes de Colofón y Parménides de Elea, en el siglo VI a.C., hicieron de sus poemas una declaración de causas de lo físico, una indagación sobre el arjé, el principio del universo. Hoy, al leer en griego sus fragmentos, que fue lo único que quedó de sus escritos, uno tiende, como suele sucederme, a asumir la magia del verso desde la perspectiva iniciática. Todos sus poemas se titularon en forma idéntica, todos utilizaron el título de Peri Fisis (Sobre la naturaleza), todos utilizaron el verso hexámetro, que era el verso de los oráculos y todos manifestaron la realidad de bases supremas del ser como tal. Si hoy leemos los poemas de Píndaro, de Safo y de Teognis, y nos parece que son lo mejor que se ha escrito en cualquier lengua, es importante que pensemos que a un poema como el de Parménides le debemos la metafísica de los pueblos de occidente, le debemos a Platón, le debemos a Aristóteles, le debemos a Kant, le debemos a Nietzsche, le debemos a Heidegger. Nada menos o nada más.

Entre los hindúes, la poesía era un lenguaje cifrado que permitía, por medio de la dhvani, o resonancia, la transmisión de arquetipos o esencias de la realidad. Dhvani no era el sonido ni el sentido: la palabra daba el sabor de lo instantáneo, fomentaba un halo sobre los objetos. Una teoría vedanta recuerda que de los ocho sabores el primero es de la comicidad, que sólo puede obtenerse si se piensa en el color blanco hasta ver en este color una emanación demoníaca. De este sabor proceden el ingenio, el ultraje, la estupidez, la risa y el sueño. Acaso algo de eso hubo en el Mahabharata, que contiene un episodio llamado Bhagavad Gita (Canto del Señor), en el que un testigo narra a un rey el diálogo entre Krishna y Arjuna. Esa inefable conversación entre un rey y un dios, es una de las experiencias filosóficas y poéticas más relevantes que pueda tener un lector en su vida.
Uno de los más antiguos poemas celtas, que Kuno Meyer (Selection from Ancient Irish Poems, London, 1911) fecha en el siglo VI, inaugura la literatura irlandesa con un testimonio célebre en el que Dallan Forgaill agradece al Santo Columcille su defensa de los filid, una orden de poetas que había sido acusada de exagerar sus atribuciones políticas en una asamblea del año 575. Herederos de los druidas, los poetas irlandeses no podían llamarse a sí mismos poetas o filid si no alcanzaban primero la condición de maestros o, como llamaban a éstos, de ollan. Cursaban doce años de estudio y pasaban de grado. El grado más bajo, oblaire, sólo permitía el conocimiento de siete historias; el grado más alto, el de ollam, permitía conocer trescientas setenta historias y suponía, además, que ya se conocía a fondo la gramática, la mitología, la topografía y las leyes. Los exámenes era

anuales y el aspirante debía soportar en una celda húmeda y oscura mientras lograba versificar algo que contuviera todo lo aprendido y que siendo igual a lo mejor de la tradición, fuese una tradición superior. Estos poetas, a los que se ha acusado de erudición y pesadez, fueron narradores de temas que resumían espontáneas y maravillosas concepciones del mundo. La Historia de Tuan Mac Cairill narra, y vale la pena valorar este texto, cómo un hombre se transforma, sucesivamente, en ciervo, jabalí, águila y finalmente en salmón, etapa en la que es capturado por un hombre y devorado entero por una mujer. En el vientre de esa mujer se vuelve hombre y nace profeta y escribe un poema que es el que hoy admiramos.

En otras literaturas y otros tiempos, la figura del escritor filosófico se ha reiterado con frecuencia. En Roma, esa voz es Lucrecio; en Persia, es Omar Khayam y Farid al-Din Attar; en Italia, es Dante Alighieri; en Alemania, es Novalis y es Goethe, quien elige en Fausto y en numerosos poemas olvidarse de ponderar la musculatura de las metáforas para reproducir una visión del hombre y de la historia que atraiga por su belleza; en Inglaterra, ese hombre es John Donne y es Shakespeare; en España, es Francisco de Quevedo; en Estados Unidos, es Eliot; en Francia, es Voltaire, es Albert Camus, es Jean Paul Sartre, es René Daumal; en Rumania, es Lucian Blaga; en México, es Octavio Paz; en Chile, es Humberto Díaz Casanueva; en Argentina, es Borges, el autor más filosófico del siglo XX.

B

Borges, nacido ochomesino en Buenos Aires el 24 de agosto de 1899 y muerto en Ginebra el 14 de junio de 1986, es, como he dicho, el escritor más filosófico del siglo XX. Me explico: es, por supuesto, un escritor, pero es también un pensador. Lo que lo distinguió del filósofo profesional como tal es, quizás, el hecho de que estimaba las doctrinas en función de intereses estéticos: su epistemología fue, para decir lo que después voy a razonar, transversal, oblicua. Ante cualquier malinterpretación de esto, Borges se encargó de advertir: “No soy filósofo ni metafísico; lo que he hecho es explotar, o explorar -es una palabra más noble-, las posibilidades literarias de la filosofía” (en María Esther Vásquez, Borges: imágenes, memorias, diálogos, 1977, p. 107). En otra admonición señaló: “Yo no tengo ninguna teoría del mundo. En general, como yo he usado los diversos sistemas metafísicos y teológicos para fines literarios, los lectores han creído que yo profesaba esos sistemas, cuando realmente lo único que he hecho ha sido aprovecharlos para esos fines, nada más. Además, si yo tuviera que definirme, me definiría como un agnóstico, es decir, una persona que no cree que el conocimiento sea posible” (Ibídem, p. 107). Dijo, para concluir lo que le parecía un exceso: “no soy un pensador” (en Conversaciones de J.L. Borges con Osvaldo Ferrari, Tiempo Argentino, 1984). En este sentido, Borges estaba en lo correcto porque para él, un filósofo era alguien consagrado al pensamiento, alguien como Schopenhauer, como Kant, como Berkeley.

Hoy vuelve a discutirse si Borges era filósofo o un narrador y poeta interesado por la filosofía. Antes de una toma de posición caprichosa, sugiero que leamos su discurso sobre Macedonio Fernández de 1952. En su alocución, manifestó que “Filósofo es, entre

nosotros, el hombre versado en la historia de la filosofía, en la cronología de los debates y en las bifurcaciones de las escuelas...". Pero su definición más valiosa es la que ofreció al decir que Macedonio "fue filósofo, porque anhelaba saber quiénes somos (si es que alguien somos) y qué o quién es el universo...". En lo personal, creo que es mejor insistir en que Borges fue un escritor filosófico, un hombre que desarrolla ideas filosóficas desde una dimensión literaria que relaciona contextos diferentes y valora lo fantástico de una creencia antes que su verdad ontológica. En Magias Parciales del Quijote (incluido en Otras inquisiciones, 1952), escribió: "Las invenciones de la filosofía no son menos fantásticas que las del arte...". En la reseña de un libro sobre la muerte, publicada en Sur en 1943 y colocada en las reediciones de Discusión, admitió que la antología de la literatura fantástica que había compilado estaba incompleta por no haber incluido las creaciones de la filosofía: "¿Qué son los prodigios de Wells o de Edgar Allan Poe --una flor que nos llega del porvenir, un muerto sometido a la hipnosis--confrontados con la invención de Dios, con la teoría laboriosa de un ser que de algún modo es tres y que solitariamente perdura fuera del tiempo? ¿Qué es la piedra bezoar ante la armonía preestablecida, quién es el Unicornio ante la Trinidad, quién es Plinio Apuleyo ante los multiplicadores de Buddhas del Gran Vehículo, qué son todas las noches de Sharazad junto a un argumento de Berkeley?...". La originalidad de Borges como escritor consistió en que logró percibir la relación fructífera entre el pensamiento y las letras como ningún escritor había podido hacerlo antes. Al justificarse por su afición a temas metafísicos, expresó que "lo que suele ser un lugar común en filosofía puede ser una novedad en lo narrativo" (Antonio Carrizo, Borges el memorioso, México, 1982).

Pero que no haya sido un filósofo en el sentido profesional o tradicional del término, no nos impide que estudiemos sus aportes a la filosofía, que los hizo y en gran número. Borges estaba animado por el deseo de presentar metáforas de contenido filosófico. Buscaba sugerir misterios; no explicarlos. Dunraven, personaje de Abenjacán el Bojarí, muerto en su laberinto (incluido en El Aleph), dice en alguna parte que "la solución al misterio es inferior al misterio". Borges, con esta frase, ha dado a entender lo que lo separaba del filósofo que se obstina en cerrar un argumento. Por una parte, su propósito fue el de introducir al lector en los temas que han hecho la gran filosofía: el tiempo, el azar, la muerte, la identidad. Su principal logro, en este particular, tal vez haya sido animar a miles de lectores a adquirir conciencia de problemas de la filosofía que de otro modo les hubieran sido ajenos. Por otra parte, su actitud ante los problemas filosóficos es un legado memorable: no deja, ciertamente, un sistema nuevo. No inventó ni cambió las leyes de la lógica. No dejó una teoría del Ser o del Ente. No modificó las líneas epigonales de la filosofía. Pero en un panorama filosófico que caracterizado por el agotamiento de los modelos epistemológicos, por la liquidación del historicismo, la confusión del subjetivismo y la proliferación de filosofías de acción y valoración ética, Borges ha logrado recordar a los pensadores de oficio que el estilo de pensamiento es el resultado de una convicción. Al restar valor a la filosofía como dogma que permite entender el universo por completo, ha constituido un nuevo camino que impone la reconsideración de viejos problemas olvidados.

C

El amor por la filosofía le vino a Borges de su padre. Muy pequeño, mucho antes de leer los fragmentos de Zenón de Elea, autor de argumentos como el de Aquiles y la Tortuga, fue invitado por su padre, Jorge Guillermo Borges, a comprender las paradojas en un tablero de ajedrez. Asimismo, escuchaba hablar de Platón y de razonamientos analizados

con enorme sencillez. Durante su permanencia en Europa, Borges aprendió por sus propios medios alemán, lengua que dominó en lo escrito y poco en lo oral, según el testimonio de quienes lo conocieron. Influido por Thomas Carlyle, cuyo Sartor Resartus había convertido en un fetiche, quiso comenzar con la Crítica de la Razón Pura de Kant, obra que, obviamente, lo derrotó de inmediato. Los períodos largos y la dificultad de lectura de ese tratado le hicieron pensar que sería mejor intentar con filósofos dotado de mayor poder de escritura. Leyó entonces a Friedrich Nietzsche, que supuso el acceso a la doctrina del Eterno retorno, y a Arthur Schopenhauer, cuyo libro central, El Mundo como voluntad y representación, citó cientos de veces en sus escritos toda su vida. En un ensayo largo que publiqué hace ya tiempo me atreví a probar que la mayor parte de sus conocimientos filosóficos procedía del Diccionario de Filosofía de Fritz Mauthner. Me apoyé en el prólogo de Artificios, fechado en 1944, donde Borges comparó, como uno de sus autores predilectos, a Mauthner con De Quincey, Stevenson, Chesterton, Shaw y León Bloy. La influencia de Mauthner hizo que Borges sintiera continuamente la presencia de temas estudiados por el alemán en sus principales libros. Podemos encontrar, por ejemplo, la interpretación temporal del lenguaje en un relato como Pierre Menard, autor del Quijote; en Tlön, Uqbar, Orbis Tertius estaría presente la Sprachkritik, por la discrepancia entre lenguaje y realidad; en Emma Zunz se expondría la Wortaberglaube o superstición de la palabra, creencia que respaldaría la existencia de una palabra por la existencia de un objeto; en Tema del traidor y del héroe se impondría el mismo aspecto; en Tigres azules estaría la tesis mauthneriana de la insuficiencia lógica del lenguaje; en El otro, se vindicaría la naturaleza metafórica de todo lenguaje; en El inmortal se defendería el poder arquetipal sobre los procesos mentales individuales y en El Congreso, el relato más ambicioso de Borges, se probaría la arbitrariedad de los sistemas de clasificación lingüística.

Otros pensadores le interesaron: Platón, Aristóteles, Plotino. Alguna vez debió estudiar griego para leerlos, pero no pasó de las declinaciones, cuya música debió maravillarle. En latín, aunque con la ayuda de versiones en inglés y español, leyó a Séneca. Sabemos que no pudo comprender a Hegel y que detestaba a Heidegger, al que atribuyó la invención de un dialecto del alemán y al que despreció por nazi. En cambio, reivindicó los olvidados nombres de George Berkeley, David Hume y Francis Bradley, cuyos libros encontró en la biblioteca de su padre en inglés. Sintió enorme atracción por Bertrand Russell y por Alfred North Whitehead. Su pasión por Spinoza lo llevó a querer escribir un largo ensayo sobre este filósofo, pero lo detuvo la sospecha de que no "podría explicar a otros lo que yo mismo no puedo explicarme". En los dos poemas que le dedicó (insertos en El otro, el mismo, 1964, y en La moneda de Hierro, 1976), insistió en su condición de judío obsesionado por labrar "a Dios con geometría delicada". En lengua española, leyó mucho a Miguel de Unamuno en su juventud, aunque terminó por aborrecerlo por apoyar la tesis de la inmortalidad de los hombres, que siempre le pareció una idea aterradora. A José Ortega Y Gasset lo adversó con el secreto odio que suele tener la gente por los conventos y por los libros que enseñan algo. Me he preguntado muchas veces por qué lo odió tanto y por qué dijo que Ortega debió alquilar un escritor para que le redactara los libros porque no sabía cómo hacerlos. Para la fecha de hoy, sólo puedo suponer que le irritaba la petulancia del español y que estaba prejuiciado por su amistad con Rafael Cansinos Asséns, enemigo mortal de Ortega.

Hay mucho en Borges de la filosofía oriental y judía. Del Budismo le atrajo la idea del infinito. Kant dijo, al describir las antinomias, en la Crítica de la Razón Pura, que la mente humana concibe equívocamente un tiempo sin principio ni fin. El, por el contrario,

admiraba esa posibilidad de lo interminable, que hacía de las fechas algo menor. De los judíos, tomó la cábala, palabra que etimológicamente es "tradición" y que puede resumirse como un intento de adivinar por medio de la escritura sagrada de la Biblia los secretos del universo, la fuente original del ser.

Se han hecho intentos por determinar qué tendencia profesó Borges como escritor filosófico. Jaime Rest ha escrito que Borges era un autor nominalista; Juan Nuño ha preferido convertirlo en un seguidor del platonismo; Ana María Barrenechea lo consideró siempre un panteísta nihilista, en tanto Jaime Alazraki lo creyó un panteísta spinoziano. En lo personal, prefiero, como lector, creer que Borges no fue adepto de ninguna de estas vías; su camino me parece tan particular, que dudo que tuviera el descaro de admitirse dentro de una concepción del universo sesgada. Su camino fue otro: si hemos de clasificarlo, es oportuno no desconocer que a él le gustaba, como a Lewis Carroll y a Chesterton, razonar paradojas, crear situaciones intelectuales de desconcierto, vindicar lo extraño. A partir de esto, escribía. Lo que le fascinaba de una doctrina eran sus posibilidades literarias, como lo he comentado ya. Cualquier pensamiento que le despertara una sensación de felicidad lo hacía suyo. Además de esto, recordemos que Borges no es filósofo porque haya querido construir un sistema real de explicaciones. En Avatares de la tortuga (incluido en Discusión) escribió: "Es aventurado pensar que una coordinación de palabras (otra cosa no son las filosofías) pueda parecerse mucho al universo". Creía que el filósofo, para adaptar los hechos a su sistema, debía hacer trampas con las palabras. Eligió, por esa misma razón, resistir la tentación de declararse partidario y, con contradicciones o sin ellas, veneró el poder creativo de la filosofía. Sin embargo, es obvio que de todas las posibilidades de la filosofía, la que le produjo el mayor desconcierto y agrado fue el idealismo. En esto, siguió fiel a sus primeras lecturas, que fueron las últimas, recomendadas por su padre y por el amigo de éste, que luego fue su mentor, Macedonio Fernández. Borges comenzó plagiándolo; lo hizo suyo, lo devoró y lo convirtió en un personaje borgiano, como hizo con todo lo que tocó.

Para entender cómo lo afectó el idealismo, quiero examinar atentamente uno de sus mejores cuentos, el que suelo releer con mayor frecuencia. Me refiero a Tlön, Uqbar, Orbis Tertius, y está en El jardín de senderos que se bifurcan. Borges en ese texto simula que después de una conversación con su amigo Bioy Casares, en la que éste le ha dicho que los heresiarcas de Uqbark condenan los espejos y la cópula porque multiplican el número de los hombres, se entrega a la búsqueda desesperada de la enciclopedia que contiene esa información. La obra en cuestión es la Angloamerican Cyclopaedia, pero para vergüenza de Bioy, el tema de Uqbar no aparece en el libro que ambos consultan. El examen minucioso de la enciclopedia y la visión de un Atlas hacen creer a Borges que Bioy lo ha inventado todo, pero un día después recibe una llamada de su amigo para confirmarle que sí existe esa noticia histórica. Se trata de la misma enciclopedia, pero con páginas misteriosamente añadidas. Pasa el tiempo y Borges nos dice que encontró un volumen titulado A First Encyclopaedia of Tlon. Vol. XI, sin indicación que precisara la fecha y el lugar de edición. Inmediatamente percibe que todo no es otra cosa que una vasta conspiración de una sociedad secreta que intenta traer a este mundo, la pesadilla de otro mundo, en forma progresiva, de tal modo que en el futuro todos estén preparados para aceptar las condiciones del nuevo universo, llamado Tlon. Borges, emocionado por esa perspectiva, describe la filosofía idealista y el alfabeto de Tlön. En su lengua, no hay sustantivos sino verbos impersonales porque la filosofía de ese mundo niega una realidad estable y formula un mundo sin sustancias. Nadie puede decir: "Luna", sino algo así como "luneció". La literatura de Tlön, nos dice, es consecuente con esos principios: "Hay

poemas famosos compuestos de una sola enorme palabra". Se admite que el sujeto del conocimiento es uno solo y eterno, por lo que no tiene sentido hablar de autores. Nadie firma los libros. Un libro de argumentos trae necesariamente su contraargumento. Los tlonianos no buscan la verdad de las cosas sino el asombro. "Juzgan, nos comenta Borges, que la metafísica es una rama de la literatura fantástica". Al presentarnos el horror de este mundo, Borges reivindica incompletas las tesis de George Berkeley, según las cuales lo que existe, existe porque lo percibimos. De ahí que nos asegure que hay umbrales que sólo existieron mientras un mendigo los visitó y que unos pájaros han salvado de la nada las ruinas de un antiguo anfiteatro. El futuro, debido al poder irresistible de estas concepciones, será absolutamente tloniano: "Entonces desaparecerán del planeta el inglés y el francés y el mero español".

En este cuento, el protagonista obvio es el pensamiento mismo confrontado en sus posibilidades dialécticas. El narrador es apenas un testigo de la presencia de algo externo que lo desborda. Explora decenas de temas, pero el más interesante es el de la realidad sometida por el libro como arquetipo. Borges ha imaginado un libro que borra el pasado y crea el futuro. Recupera, igualmente, la utopía fantástica de tono irónico. En todo momento, el relato está el orden de los textos de Jonathan Swift, cuyos Viajes de Gulliver siempre fueron gratos a Borges. Asimismo en los de Voltaire.

Guillermo Sucre (Borges el poeta, Caracas, 1967) ha escrito que Borges es, como Mallarmé y Valery, un poeta de poetas, alguien sagrado que indaga en los arquetipos, en las formas esenciales del mundo. Borges, ciertamente, al igual que en sus relatos y ensayos, compuso una poesía filosófica que valora mitos intactos de la cultura humana y restituye su fascinación mágica. He observado que Borges rechazó la escritura de poemas basados en el esquema de Edgar Allan Poe, es decir, poemas predeterminados intelectualmente. Pero sus poemas no nacieron de una sensibilidad incentivada sino de un círculo feroz de lecturas o de motivos que universalizan, que hace intemporales los orígenes singulares del texto. Toda realidad se vuelve texto en Borges: lo repentino, lo descomunal, lo incongruente, toma en sus manos un sentido selectivo y simétrico El verso de Borges rescata el enigma, la conjetura metafísica, diluye la realidad por medio de un enlazamiento de imágenes y metáforas prodigiosas que celebran e insisten en desacralizar la condición materialista de las cosas. Neruda y Francis Ponge pudieron versificar el poder natural de las cosas; Borges, la irrealidad de las cosas, la posibilidad de que las cosas sean apenas un alfabeto extraño de un libro mayor, el Universo:
"Todas las cosas son palabras del idioma en que Alguien o Algo, noche y día, escribe esa infinita algarabía que es la historia del mundo".

La poesía de Borges es una poesía sin mayores novedades formales; es, en cambio, una poesía de hallazgos literarios, que asocia y mixtifica, que relaciona lo exotérico y lo esotérico, que reivindica ámbitos contingenciales del ser y de la existencia y que incorpora lo exótico (lo nórdico) y lo criollo para imponer un ars poética sugerente. Borges hizo literatura al filosofar y filosofó al hacer literatura. Lo suyo es la hipóstasis de la literatura. Sus temas, al igual que en sus cuentos, fueron la muerte, el Tiempo, la ética, la identidad personal. Al hablar de la ceguera, por ejemplo, apunta hacia perspectivas gnómicas.
En el Poema de los dones y Otro poema de los dones está, a mi juicio, el mejor Borges poeta. Los dones que agradece en mayoría son los libros. Dice en el primer poema: "Yo, que me figuraba el Paraíso / Bajo la especie de una Biblioteca". En el segundo da gracias: "...por la razón, que no cesará de soñar / con un plano del laberinto...Por Schopenhauer, / que acaso descifró el universo...Por el último día de Sócrates...Por Verlaine, inocente como

los pájaros...Por Séneca y Lucano, de Córdoba, / que antes del español escribieron / toda la literatura española...Por la tortuga de Zenón y el mapa de Royce...por el lenguaje, que puede simular la sabiduría...por Whitman y Francisco de Asís, que ya escribieron el poema...por el sueño y la muerte, / esos dos tesoros ocultos, / por los íntimos dones que no enumero, / por la música, misteriosa forma del Tiempo...". En el buen poema, cada palabra mira de frente al lector. En estos y otros poemas de Borges, se siente no que se nos da algo nuevo sino que se participa en el recuerdo de algo memorable que hemos ignorado. Como en el caso de las grandes ideas filosóficas, que suelen ser preguntas y no respuestas que descubrimos como una parte de nosotros olvidada. Borges escribió en el prólogo de La rosa profunda (1975) que: "La misión del poeta sería restituir a la palabra, siquiera de un modo parcial, su primitiva y ahora oculta virtud. Dos deberes tendría todo verso: comunicar un hecho preciso y tocarnos físicamente, como la cercanía del mar". En su propia poesía, hay que decirlo, consiguió que pensamientos antiguos y extraños se transformaran tocando a los lectores físicamente.

De todos los poetas que he leído en mi vida, Borges es el único que ha logrado crearme convicciones de liberación por medio de la magia de ciertos versos. Su máxima realización es, sin duda, haber entendido que la verdad emocional es un fin y no un medio en el poema.

D

Quiero terminar con una modesta observación de lector. Siempre he creído que las Obras Completas de Borges, que, por paradoja, son año tras año más incompletas debido a las compilaciones de inéditos que aparecen, suponen una lectura sinuosa y más que una compilación son un manual de enigmas que revelan diversos aspectos del mundo en la misma medida que nos confunden por suponer una crítica de la razón súbita. Borges, obsesionado con los laberintos y los espejos, preparó sus Obras Completas como si se tratara de una galería laberíntica proclive a los reflejos infinitos: se repiten las metáforas, los temas, líneas enteras en un ensayo o relato, se tergiversan datos, se crean autores y libros imaginarios, en fin. La imagen final que produce este libro es la de que el universo está en sus páginas y que acaso La Biblioteca de Babel, uno de los cuentos incluidos, es apenas la biografía secreta del lector que intenta aproximarse a sus líneas, a la búsqueda de claves que todo lo justifican o explican.

Libros Tauro
http://www.LibrosTauro.com.ar